

Konrad
Lorenz

Cuando
el hombre
encontró
al perro



Konrad Lorenz

CUANDO EL HOMBRE ENCONTRÓ AL PERRO

Traducción de Ramón Ibero

Ilustraciones de Diego Mallo

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *So kam der Mensch auf den Hund*

1.^a edición en colección Marginales: septiembre de 1975

1.^a edición en esta presentación: noviembre de 2018

Primera edición original: Verlag Dr. Borothea Schoeler, Viena, 1949

© 1983 dtv Verlagsgesellschaft mbH & Co KG, Munich/Germany - www.dtv.de

Este libro ha sido publicado por mediación de Ute Körner Literary Agent, Barcelona

– www.uklitag.com

© de las ilustraciones del interior: Diego Mallo, 2018

© de la traducción y del prólogo: Ramón Ibero

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-9066-617-3

Depósito legal: B. 22.675-2018

Fotocomposición: David Pablo

Impresión y encuadernación: Black Print, S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

<i>Prólogo</i> , de Ramón Ibero	9
1. Cómo ocurrió o pudo ocurrir	17
2. Las raíces de la fidelidad al amo	29
3. Educación	41
4. Usos y costumbres caninos	53
5. Perro y amo	69
6. Perros y niños	77
7. Consejos en torno a la adquisición de un perro	85
8. Acusación a quienes se dedican a la cría de perros	97
9. Gato falso; perro mentiroso	105
10. Paz en el hogar	115
11. Barreras	133
12. Conflictos a causa de un pequeño dingo	141
13. Lástima que no hable; lo entiende todo	149
14. Obligación moral	161
15. Días caniculares, días de perro	169
16. El animal y su conciencia	181
17. La fidelidad y la muerte	193

1
Cómo ocurrió o pudo ocurrir



Por entre la alta hierba de la estepa avanzan algunos seres humanos; se trata, en realidad, de una pequeña manada de cuerpos desnudos, salvajes. Los más empuñan lanzas con punta de hueso, alguno va armado incluso con arco y flecha. Aunque en lo físico recuerdan a los seres humanos de hoy, su comportamiento tiene un algo de animalesco; sus ojos oscuros se mueven, inquietos y miedosos, como los de una alimaña huidiza que se sabe acosada. No son hombres libres, señores de la tierra, sino criaturas débiles para las que en cada matorral se esconde un peligro, una amenaza.

Todos están visiblemente abatidos. No hace mucho, tribus más fuertes los obligaron a abandonar su primitivo territorio de caza y marchar, a lo largo de la estepa, hacia occidente, hacia una tierra desconocida, donde los depredadores abundan mucho más que en su antiguo territorio. Por si fuera poco, hacía algunas semanas, el veterano y avezado cazador que dirigía el grupo fue muerto por un tigre de dientes como cuchillos. Y el hecho de que, después, la fiera cayera abatida por una lanza era flaco consuelo en la desgracia.

Con todo, la mayor tortura a que se veía sometida la pequeña horda humana provenía de la falta de tiempo para descansar y dormir. En la tierra en que habían vivido hasta entonces —su antigua patria—, acostumbraban a dormir todos juntos en torno a una hoguera, escoltados a cierta distancia por los molestos chacales; pero al menos estos animales les servían de centinelas, pues con sus aullidos anunciaban la proximidad de cualquier otra fiera. Sin embargo, se advertía claramente que aquellos seres primitivos no eran cons-

cientes del servicio que los chacales les prestaban; por eso, cuando alguno de éstos se acercaba demasiado a la hoguera, lo ahuyentaban a pedradas, nunca a flechazos, pues tal medida hubiera constituido un despilfarro.

La horda sigue avanzando, abatida y silenciosa. Pronto se hará de noche y aún no ha dado con un sitio adecuado donde acampar, hacer fuego y, por último, asar en él el magro botín de la jornada: los restos de un jabalí, abandonados por un tigre ya harto.

De repente, como gamos que husmean el aire, todos levantan la cabeza y la vuelven instintivamente en la misma dirección; han oído un ruido, un ruido que sólo puede proceder de una fiera con recursos suficientes para defenderse, pues las más débiles han aprendido muy bien a permanecer inmóviles a la primera señal de peligro. Y de nuevo se deja oír el ruido. Sí, es el aullido de un chacal. Como movida por una extraña sensación, la horda se detiene y presta oído al saludo, que parece llegado de tiempos mejores y menos azarosos. Entonces, el cabecilla del grupo, un hombre joven de frente despejada, empieza a hacer algo que los demás no comprenden: arranca un trozo de carne del jabalí y lo arroja al suelo. Existe el peligro de que los demás se enfurezcan, pues, en definitiva, no están tan sobrados de alimento como para ir tirando la carne por la estepa. Es muy probable que tampoco el joven caudillo sepa exactamente por qué lo hace; a buen seguro que se trata de una medida instintiva con la que pretende que los chacales se acerquen al grupo. Por eso, él sigue arrojando al aire trocitos de carne. Como puede comprenderse, los otros toman aquello por una broma de mal gusto, y el cabecilla sólo a duras penas consigue dominar la agresividad de sus compañeros hambrientos.

Pero, al fin, todos están sentados de nuevo en torno a la hoguera, y, una vez saciada el hambre, la paz renace entre ellos.

De pronto se vuelve a oír el aullido de los chacales. Parece que éstos han encontrado los trozos de carne dejados sobre la hierba y, siguiendo el rastro, se van acercando al campamento. Un hombre se queda entonces observando al jefe de la grey con una interroga-

ción en la mirada, luego se pone en pie y se aleja hasta allí donde alcanza el resplandor del fuego para dejar algunos huesos sobre la tierra. Todo un acontecimiento: por primera vez, el hombre da de comer a un animal que le es útil.

Esta noche, la grey humana podrá dormir tranquila, pues los chacales, que rodean el campamento, son centinelas fieles. A la mañana siguiente, cuando sale el sol, los hombres están repuestos y satisfechos. En lo sucesivo no se arrojarán más piedras contra los chacales.

*

Han transcurrido muchos años, las generaciones se han ido sucediendo. Los chacales se han vuelto mansos y ya no temen al hombre. Ahora rodean en grandes manadas los parajes donde habitan los seres humanos, los cuales ya son capaces de abatir ciervos y caballos salvajes. Pero también los chacales han cambiado su manera de vivir: si en otro tiempo sólo cazaban de noche y de día descansaban escondidos en la espesura, ahora los más robustos e inteligentes se han convertido en animales diurnos y acompañan al hombre en sus cacerías.

Así, puede ocurrir que un día la horda humana haya dado con el rastro de una yegua salvaje que, preñada y herida por una flecha, no consigue escapar de sus perseguidores. Los cazadores están muy excitados porque de un tiempo a esta parte escasea la comida. Y también los chacales que les siguen están más hambrientos que de costumbre, pues, como no podía ser de otro modo, la mayoría de las veces no queda nada para ellos de la comida de los hombres.

La yegua, debilitada por el peso de la maternidad y por la pérdida de sangre, recurre a una estratagema antiquísima, innata a su especie: hace una «regresión», es decir, vuelve sobre sus pasos durante un trecho equivalente a varios kilómetros, y al llegar a un paraje boscoso, tuerce con decisión a la derecha. Con harta frecuencia, este recurso instintivo ha privado al cazador de su presa.

También ahora, los cazadores se detienen, perplejos, allí donde, sobre el duro terreno de la estepa, parecen terminar las huellas.

Los chacales siguen a los hombres a prudente distancia, pues aún no se atreven a acercarse a aquellos bulliciosos y excitados cazadores. Y siguen el rastro del hombre, no el de la presa. Lógicamente, el chacal no puede tener interés alguno en seguir las huellas de un caballo salvaje al que nunca dará alcance ni conseguirá abatir. Pero estos chacales se han acostumbrado a devorar trozos de animales grandes muertos por el hombre; por este motivo, aquel olor ha acabado por cobrar para ellos un significado nuevo y muy particular: los chacales han establecido una rígida conexión mental entre el fuerte olor a sangre y la perspectiva inminente de una presa.

Hoy, los chacales están particularmente excitados y hambrientos; el olor a sangre fresca es intenso, y, así, un hecho totalmente nuevo tiene lugar en las relaciones entre el hombre y sus acompañantes. La vieja hembra de hocico gris, *guía ideológico* de la manada, advierte algo que había escapado a la atención de los seres humanos: que el rastro de sangre se desvía a la derecha. Llevada por su instinto, la hembra tuerce en aquel punto y, tras ella, toda la manada. Mientras tanto, los hombres han comprendido que la presa ha dado la vuelta y se deciden a hacer otro tanto. Así que llegan al punto de desvío, oyen los aullidos de los chacales y al momento descubren las huellas que la jauría ha dejado en la hierba de la estepa. Y, de este modo, queda establecido, por primera vez, el orden en que hombre y perro persiguen la presa: primero, el perro; después, el cazador. Los chacales consiguen dar alcance a la yegua antes que los cazadores y empiezan a acosarla en círculo. Cuando los perros acosan a un animal salvaje más corpulento, está claro que el siguiente mecanismo psicológico desempeña una función esencial: el animal perseguido —sea un ciervo, un oso o un jabalí— que huye del hombre, pero que sin duda alguna estaría dispuesto a presentar batalla al perro, olvida a su enemigo más peligroso, llevado por la rabia que le produce verse acosado por un enemigo pequeño y atrevido. El cansado caballo salvaje, que sólo conoce al chacal

como perro ladrador y cobarde, se apresta, enfurecido, a la defensa y trata de golpear con una pata delantera a todo aquel que osa acercarse demasiado. Resoplando con fuerza, empieza a girar en redondo, pero no reanuda la huida. Los hombres oyen ahora el aullar de los chacales, que llega siempre de un mismo punto; a una señal del jefe, los cazadores se abren en abanico y cercan a la presa. Por un momento parece como si los chacales, entre sorprendidos y asustados, fueran a escapar en desbandada, pero enseguida se calman al apercibirse de que el acoso no va dirigido a ellos. La hembra de pequeña estatura que dirige la manada ya no muestra el más mínimo temor y ladra, envalentonada, a la yegua salvaje; luego, cuando ésta cae atravesada por un venablo, hunde con saña sus dientes en el cuello de la víctima, y sólo en el momento en que el jefe de la horda humana se inclina sobre la bestia muerta, se retira hacia atrás. El jefe, acaso descendiente remoto del primer hombre que tiró un trozo de carne a los chacales, abre el vientre aún palpitante de la yegua, tira de un trozo de intestino, lo corta y, sin mirar al chacal (en un gesto de suprema astucia intuitiva), lo lanza no directamente a la bestia, sino a un lado, cerca de ella. La hembra de pelo grisáceo se aparta asustada, pero como el hombre no hace movimiento amenazador alguno, antes bien lanza uno de aquellos rugidos amistosos que los chacales conocen de sobra por haberlos oído mil veces en torno a la hoguera del campamento, se abalanza con avidez sobre el trozo de tripa. Luego, mientras se aleja, mueve la cola con rápidos y cortos impulsos laterales, al tiempo que va engullendo la presa que atenaza con los dientes y echa furtivas miradas al hombre. Por primera vez, un chacal ha movido la cola en señal de agradecimiento a un ser humano; con ello se daba un paso más hacia la aparición del perro doméstico.

Los animales, aunque sean tan inteligentes como los depredadores caninos, no adoptan nunca una actitud totalmente nueva en su comportamiento llevados por un impulso repentino, sino más bien a través de esquemas de asociación mental que se van formando en ellos al vivir de forma reiterada una misma situación. Así, es

muy posible que transcurran meses enteros hasta que la hembra vuelva a guiar al cazador siguiendo las huellas de un animal herido que recurre a la estratagema de la «regresión». Y tal vez será un lejano descendiente suyo el primero que, de forma regular y consciente, guíe a los cazadores y acose a la presa.

*

Parece ser que el hombre empezó a construir moradas estables en la fase de transición del Paleolítico al Neolítico. Las primeras viviendas de que tenemos conocimiento son los palafitos, contruidos por motivos de seguridad en lagos, ríos e incluso en el mar Báltico. Sabemos que por entonces el perro era ya un animal doméstico. El llamado «perro de las turberas», pequeño de cuerpo y parecido al lobo de Pomerania, un cráneo del cual se ha encontrado entre los restos de palafitos levantados en la región báltica, muestra a las claras que procede del chacal dorado, pero no por ello se deben pasar por alto los indicios de una auténtica domesticación. Lo esencial aquí es que, por entonces, a orillas del Báltico no había ya chacales salvajes, los cuales, durante el periodo pleistocénico, debieron ser sin duda más numerosos que hoy. Esto significa que fue probablemente el hombre quien en su marcha hacia el norte y el oeste llevó hasta las costas bálticas manadas de chacales ya semidomesticados o, muy posiblemente, perros en avanzada fase de domesticación.

Cuando el hombre empezó a construir su *hábitat* sobre estacas clavadas en zonas cubiertas por las aguas y, asimismo, fabricó la piragua, se produjo sin duda alguna un cambio en las relaciones entre él y sus acompañantes de cuatro patas, pues ahora éstos no podían ya cercar por los cuatro costados el *hábitat* humano. Cabe suponer que el hombre entonces, justo en el periodo en que pasó a vivir en palafitos, tomara consigo algunos ejemplares de chacales particularmente mansos, todavía no domesticados por completo pero, en cambio, excelentes cazadores y, como tales, de gran valor

para él, y los convirtiera en «animales domésticos» en el verdadero sentido del término.

Aún ahora podemos descubrir distintas situaciones con respecto al perro con sólo pasar de un pueblo a otro. La situación más primitiva es aquella en la que un gran número de perros merodea en torno al poblado humano permaneciendo, sin embargo, en una relación relativamente poco estrecha con el hombre. Otra situación la encontramos en cualquier pueblo europeo: unos cuantos perros pertenecen a una determinada casa y están vinculados afectivamente a un amo. Se puede pensar que esta relación se empezó a desarrollar con la construcción de los primeros palafitos. Aquí, el menor espacio para alojar a los perros, así como el menor número de éstos, favoreció naturalmente la endogamia y, en consecuencia, aquellas mutaciones hereditarias que han dado origen al animal doméstico en sentido estricto. Dos hechos avalan esta hipótesis: en primer lugar, el perro de las turberas, de cráneo más redondeado y hocico más romo, es sin duda una variante domesticada de chacal dorado; en segundo lugar, se puede decir que sólo entre los restos de palafitos se han encontrado huesos de este tipo. Los perros de los hombres que vivían en palafitos tenían que estar bastante domesticados para poder subir a una piragua, o atravesar a nado las aguas que separaban el *hábitat* humano de la orilla y trepar luego por una pasarela. Un perro paria o semisalvaje que merodeara en torno al poblado nunca se arriesgaría a hacer una cosa así. Yo mismo tengo que hacer un auténtico derroche de paciencia para conseguir que un cachorro de perro criado por mí suba a mi canoa o salte al estribo de un tren.

Probablemente, cuando los hombres comenzaron a vivir en palafitos, el perro era ya un animal doméstico o se fue domesticando en el curso de aquel periodo. Cabe imaginar que un día una mujer o una niña deseosa de «jugar a muñecas» recogiera un cachorro abandonado y lo criara en el seno de la familia humana. Tal vez aquel perrito era el único superviviente de una camada devorada por un tigre. El perrito gimotea, pero nadie se preocupa por él, pues en

aquellos tiempos los seres humanos tenían aún un corazón duro. Pero, mientras los hombres cazaban en los bosques y las mujeres se dedicaban a la pesca, una niña oyó los lastimeros ladridos y, siguiéndolos, encontró en una cavidad al cachorro; éste le salió al encuentro sin temor, tambaleándose sobre sus patas aún indecisas, y comenzó a lamerle y a chuparle las manos que la niña le tendía para cogerlo.

Con toda seguridad que aquel animalito rollizo, de pelo suave como la lana, despertó en la hija del hombre de la primera Edad de Piedra el deseo instintivo de cogerlo en brazos, de acariciarlo y llevarlo consigo a todas partes, de forma similar a lo que hace una niña en nuestro tiempo. Y ello porque el instinto maternal del que proceden semejantes manifestaciones del comportamiento es, en realidad, tan viejo como el mundo mismo. Así, la niña de la Edad de Piedra, en un principio llevada tan sólo por el deseo de imitar lo que veía hacer a las mujeres adultas, le dio de comer, y la misma avidez con que el animalito devoraba el alimento la hizo tan feliz como a nuestras esposas y madres de hoy el buen apetito de sus invitados.

En resumen: la niña tiene una gran alegría y cuando sus padres vuelven a casa se encuentran, sorprendidos, pero en modo alguno entusiasmados, un cachorrito de chacal atiborrado de comida. Naturalmente, la primera intención del fiero guerrero es coger al cachorro y arrojarlo al agua, pero la hija rompe a llorar y se aferra, sollozando, a las rodillas de su padre, quien por un momento pierde el equilibrio y deja caer al suelo al perrito. Cuando intenta cogerlo de nuevo, éste se encuentra ya a salvo en los bracitos de la niña, que ha ido a esconderse en el rincón más oscuro de la cabaña, temblando toda ella y con el rostro bañado en lágrimas. Y comoquiera que ni los padres de la Edad de Piedra tenían un corazón de granito para con sus hijas, el cachorrito se queda, a la postre, en casa.

Gracias a la abundante comida, el animalito se convierte pronto en un ejemplar robusto y más corpulento que la mayoría de su misma especie. Pero si en un principio ha seguido fielmente todos

los pasos de la niña, con un apego casi infantil, tan pronto como se convierte en un animal adulto, en su comportamiento se observa un cambio evidente. Aun cuando el padre de la niña, jefe de la tribu, apenas si se preocupa de él, el perro se va arrimando cada vez más al hombre y distanciándose de la niña. Es el momento en que, de haber crecido en libertad, el animal se habría separado de su madre. Hasta ahora, la niña ha venido desempeñando en la vida del cachorro el papel de madre; en lo sucesivo corresponde al padre asumir el de jefe de la grey, único ser al que obedecerá el perro adulto. Al principio, al hombre le molesta este apego, pero pronto se da cuenta de que el animal bien domesticado es mucho más útil que los chacales semisalvajes que viven en los alrededores, frente al poblado de palafitos, que siguen temiendo al cazador y a menudo se dan a la fuga justo en el momento en que tienen que frenar y acosar a una presa. Incluso frente a ésta, el perro doméstico es más valiente y decidido que sus congéneres salvajes o semisalvajes, pues en su vida al amparo del hombre no ha sufrido experiencias dolorosas frente a depredadores de gran corpulencia. Así pues, el perro se convierte muy pronto en favorito del jefe, con gran pesar de la niña, que ahora sólo puede ver a su compañero de juegos cuando el padre está en casa, y los padres de la Edad de Piedra a menudo permanecían largo tiempo lejos de ella.

Pero llegada la primavera, que es cuando crían los chacales, el padre vuelve a casa una tarde con un saco hecho de pieles en cuyo interior algo se agita y gimotea. Y cuando lo abre, la niña lanza un grito de júbilo al ver a sus pies cuatro bolitas de lana. Tan sólo la madre frunce el ceño, porque, según ella, con dos habría bastado.

Pero ¿ocurrió realmente así todo esto? Bueno, lo único cierto es que ninguno de nosotros lo vivió; y, sin embargo, de acuerdo con lo que sabemos, pudo ocurrir efectivamente así. A decir verdad —y esto es algo que no se puede negar—, nuestros conocimientos al respecto son muy escasos; ni siquiera tenemos la seguridad de que únicamente el chacal dorado (*Canis aureus*) se acercara al hombre en la forma aquí descrita. Es harto probable que en distintos puntos

de la tierra numerosas especies de chacales más corpulentos y con rasgos lupinos se convirtieran en animales domésticos de ésta u otra forma parecida y, después, siguieran cruzándose entre ellos, pues hoy se sabe que muchísimos animales domésticos proceden de más de una especie salvaje primitiva. Lo único totalmente cierto es que el progenitor de la mayoría de nuestros perros caseros no es el lobo nórdico, como se creía comúnmente en otro tiempo. En realidad, son pocas las razas caninas que, si no exclusivamente, sí en gran parte llevan sangre de lobo. Pero precisamente ellas nos ofrecen, con sus características peculiares, la mejor prueba de que las demás no descienden del lobo nórdico. Estas razas, cuya similitud con el lobo no es simplemente exterior —los perros esquimales, samoyedos, laikas de Siberia, chow chows y algunos más—, proceden en su totalidad del extremo norte. Pero ninguno de estos perros lleva exclusivamente sangre de lobo. Se puede suponer con base suficiente que los hombres, en su progresiva penetración hacia el norte, llevaron consigo perros descendientes del chacal, ya domesticados, y que éstos, mediante cruces sucesivos con ejemplares de sangre lupina, dieron origen a las razas antes mencionadas. Y acerca de las peculiaridades psíquicas de los perros con sangre de lobo aún tengo muchas cosas que decir.